

tacion dejar tomar casi á vuestra vista una plaza de tal importancia, mandando un ejército tan florido! Yo me atrevo á aseguraros, señor, que los Templarios preferirán dejar la cruz y la capa blanca, y vender cuanto poseen, antes que dejar de vengarse de la afrenta que han sufrido en mi persona. No hay que titubear, es preciso correr. Si el conde no es de este parecer, no tenemos que admirarnos; es un enemigo cuya reconciliacion no es sino simulada, y la prudencia aconseja no abandonarse á él ciegamente; hay peligro en la demora; no tenemos más tiempo que el preciso para hacer venir el madero de la cruz, advirtiendo al patriarca que se halle dispuesto á marchar (1).»

Lusiñan, convencido por estas razones, y arrastrado por la confianza que tenia en el Maestre, empleó el resto de la noche en arreglar la marcha, y dar las órdenes para ella, que parece fueron mal recibidas. La mañana siguiente, viernes, 3 de julio de 1187, salió el ejército de su campo de Sefhourí; el conde de Trípoli marchaba á la cabeza como el más conocedor del país, el rey estaba en el centro con la verdadera cruz, y los Templarios y Hospitalarios en la retaguardia como el punto más peligroso. Así marchaba este ejército, compuesto en su mayor parte de confusa multitud de soldados, ciudadanos y paisanos armados extravagantemente, sin orden ni concierto, y mucho menos disciplina, ni manejo del arma que tenian en la mano; lo único que dominaba en este ejército heterogéneo, era el furor y la cólera; y acampó en una aldea llamada Marescalcia, á 3 millas de Tiberiades.

Saladino, informado del avance del ejército cristiano, suspendió el sitio de Tiberiades, ordenando colocar sus tropas ligeras á derecha é izquierda, á fin de fatigar y entorpecer la marcha de los cristianos, y llevarlos á algun lugar desventajoso. La retaguardia sobre todo sufrió mucho de los ballesteros sarracenos que la picaban sin descanso, cerrando las avenidas con objeto de privarles de agua y socorro. A medida que avanzaba, hallábase el ejército con nuevos obstáculos que vencer, y obligado á luchar y atacar, de suerte que, despues de un dia y una noche de marcha penosísima, los cristianos se hallaron metidos insensiblemente en los desfiladeros de un terreno rudo y cortado por peñascos, donde no era posible hallar una gota de agua. Esto era lo que deseaba Saladino. En este conflicto Lusiñan consultó al pérfido conde el partido que debia tomarse, y su dictámen fué permanecer en aquel lugar, por cuanto Saladino no podria forzar aquel paso.

La estacion era la más fuerte del estío; los cristianos, rendidos de cansancio, tenian que sufrir la sed, el calor y los abrasados rayos del sol

(1) Chronicon Terrae Sanctae.

que les desvanecian; se podia decir que toda la naturaleza se habia conjurado contra ellos. A una legua de Tiberiades se encontraron los dos ejércitos, los cuales se observaron algun tiempo sin entrar en batalla. A la mañana siguiente, Saladino al ver que se le presentaba batalla, replegó su ejército para evitarla, y colocó sus fuerzas en la llanura, donde tenia á su disposicion aguas y forraje en abundancia. Esta era la ocasion para atacar al enemigo, si la infanteria cristiana abrasada por el calor y medio muerta de sed no se hubiera separado de la caballería, para posesionarse de una montaña, de la cual no fué posible hacerla bajar ni de grado ni por fuerza (1).

Entonces los Templarios, á quienes la vista del peligro y la necesidad de luchar habian hecho más intrépidos, se ofrecieron á abrir paso á los cristianos al través de los batallones enemigos, con la condicion de que fueran secundados por las tropas. El rey aprobó el plan, y dada la señal, se vió á esos valerosos campeones, comparables á un torrente que arrastra en su impetuosidad todo cuanto encuentra, echarse sobre los musulmanes, en seguimiento de su Gran Maestre, que con un valor extraordinario llevaron la destruccion y esparcieron el terror entre los enemigos. Jamás estos bravos guerreros habian demostrado tanto valor é intrepidez; pues á su paso destrozan y arremolinan los primeros escuadrones de los infieles; jamás ataque fué comenzado con mejores auspicios, y por poco que hubieran sido secundados, á lo menos el ejército cristiano hubiera podido acamparse en mejores posiciones. El conde de Trípoli siguió á los Templarios, pero habiendo sido rechazado y obligado á retroceder, sus tropas se desbandaron y fueron acuchilladas, y su jefe huyó villanamente, acreditando así su infame traicion. Los Templarios abandonados y embestidos por todas partes, abrumados por la multitud, quedaron muertos en el campo unos, y prisioneros los demás.

El resto del ejército se retiró á su campo, es decir, á los peñascos que les habia señalado el conde de Trípoli; la huida de este, en cuyo valor y capacidad se habia confiado, hizo creer á los cristianos que todo estaba perdido, y pasaron la noche entre los peñascos y sin agua.

El tercer dia viendo Saladino que el ejército cristiano no se atrevia á salir de aquellas posiciones, é informado por otra parte por desertores del estado lastimoso en que se hallaba, para aumentar el calor y rendir á los cristianos, en cuyo campamento reinaban la confusion y el desaliento, mandó pegar fuego á los bosques inmediatos al campo cristiano, y durante el incendio atacó á la infanteria que apenas pudo resistir, y desa-

(1) Tyrí: Continuata Hist.—Historia de los Árabes por el abate Marigny, tom. 4, pág. 272.—Historia de los Árabes por una sociedad de ingleses, sobre el año 1187.

lojándola de la montaña, la arrastró hacia el llano en donde hubo más bien una carnicería que un combate; no obstante, se hicieron prodigios de valor por los que rodeaban la cruz del Salvador. Así como antes se había observado que el que había llevado la cruz en las batallas no había jamás recibido la menor herida, desgraciadamente en ésta, Rupin el monje, obispo de Acre, hijo de Heraclio, que era el que la llevaba en defecto del patriarca, perdió la vida; la santa reliquia fué presentada á Saladino, como uno de los más gloriosos trofeos de su victoria. El terror fué tan grande entre los cristianos, que un solo soldado sarraceno hizo 30 prisioneros, que él solo conducía atados los unos con los otros con las cuerdas de su tienda; muy pocos cristianos escaparon del furor del musulman.

La historia consigna que cayeron prisioneros Guido de Lusignan, rey de Jerusalem, el marqués de Monferrato, Renaldo de Chatillon, el Gran Maestre del Temple (1), los comendadores Templarios, Fr. Radulfo de Diceto y Fr. Nicolás Triveto, con otros grandes señores del reino y caballeros de las Órdenes. El Gran Maestre del Hospital, despues de haberse distinguido, lleno de heridas y seguido de algunos caballeros de su orden, espada en mano, atravesó los escuadrones enemigos, y pudo entrar en Ascalon, donde murió á consecuencia de sus heridas.

Saladino dió gracias á Dios por la victoria que había alcanzado protestando que era menos el efecto de su valor, que el castigo de los crímenes del cristiano; después mandó se le presentasen los prisioneros más notables y fueron Guido de Lusignan, Chatillon y otros señores. El Sultan hizo sentar á su lado al infortunado rey de Jerusalem, medio muerto de sed y debilidad, dándole una copa de licor agradable y fresco; y como éste la pasase á Chatillon, Saladino lo impidió, diciendo: « Solo para ti es la bebida, y no para ese hombre malvado que no debe esperar clemencia; » y dirigiéndose á Chatillon le dijo: « Tú que has violado tantas veces la tregua, que te has entregado al bandolerismo, y convertido en ladrón; has demostrado tu inhumanidad con los prisioneros, por el crimen que intentabas cometer, de sorprender y devastar las ciudades de Meca y Medina, te doy á escoger para reparacion de tantos ultrajes, ó que renuncies desde luego á Jesucristo, ó mueras para vengar á nuestro santo profeta. » Al oír Chatillon semejante propuesta, fiero é intrépido, aunque bajo la espada del vencedor, le contestó con entereza « que un cristiano no rescataba su vida con una cobardía semejante. » Entonces Saladino arrebatado de cólera le coge por los cabellos, y con su cimitarra le corta

(1) Comes Tripolitanus et Fr. Terricus Magister Domus Templi vix evaserunt. Ita Chron. Richerspergense. Math. Paris., an. 1187.—Godefridi Monachi, et Henricus Bangertus sup Chron. Slav., pag. 319.



La santa cruz cae en poder de los Musulmanes. Batalla de Friteriades.

la cabeza, cayendo su cadáver á los piés del rey de Jerusalem. Este y los demás ilustres prisioneros fueron conducidos á los calabozos de Damasco.

Saladino, creyendo que si extinguía las dos Órdenes militares, que eran el más fuerte baluarte de los cristianos, le sería más fácil conquistar lo que restaba de la Palestina, hizo anunciar á los Templarios y Hospitalarios que escogiesen, ó la muerte ó el mahometismo; pero estos intrépidos guerreros no titubearon un momento en preferir mil muertes antes que cambiar de religion, disputándose entre ellos quien sería el primero en presentar su cabeza á la cortante cimitarra. Un Templario sobretodo se distinguió en esta edificante disputa, y alcanzó el honor de morir el primero, y siguieron los demás, que fueron todos degollados (1). La constancia de estos atletas reanimó la fe de muchos soldados y de otros particulares, quienes, para conseguir el martirio, gritaron en alta voz que eran Templarios, y temiendo no llegase su turno, se precipitaban á las manos del verdugo para ser inmolados antes que otros.

Algunos escritores han consignado que los dos Grandes Maestros experimentaron la misma suerte, pero se han engañado. Hemos visto que el del Hospital pudo escaparse á Ascalon, donde murió; y veremos que el del Temple, despues de su cautividad, se retiró á Roma donde vivía en 1199 (2).

Despues de la cruel ejecucion de tan ilustres caballeros, Saladino ordenó á sus emires esparramarse por la Palestina, y arrasarlo cuanto se opusiese á su poder. En menos de tres meses, cayeron en manos del infiel más de quince entre castillos y fortalezas, sin contar la Cava y Marle del Temple, la Cisterna roja, Faba, Sidon, Assur y otros fuertes de pertenencia de los Templarios; y esto se consiguió con tanta más facilidad, por cuanto en dichas plazas no había más que mujeres y ancianos. Acre se rindió casi sin resistencia. Cesarea fué tomada por asalto, y en su consecuencia entregada al pillaje y saqueo. A los pocos templarios que habían quedado en Gaza rechazando las proposiciones de rendirse, Saladino les envió á decir: « Vosotros no podeis dudar de que Dios no os ha permitido aún caer en nuestras manos; no obstante quiere seais dueños de vuestra suerte; si resistís, temedlo todo, pero si os rendís voluntariamente, os prometemos salvar las vidas, conduciéndoos á vosotros y todo lo que queráis á lugar seguro. » Los caballeros, contando con las fuerzas de Ascalon, á la cual Saladino entonces atacaba, respondieron que cuando dicha ciudad se hubiera rendido, ellos resolverían. En efecto, habiendo los ascalonitas

(1) Hist. de Jerusalem, pág. 1153.—Rog. de Hoved., pág. 637.

(2) Balucio: Epist. Innocentii III, tom. I, pág. 321.

resistido con vigor los ataques del musulman, Gaza pudo sostenerse algunas semanas, no rindiéndose sino con las mismas condiciones que Ascalon, á saber, que el rey, el Gran Maestre del Temple y algunos otros prisioneros serian puestos en libertad dentro de seis meses (1).

El reino de Jerusalem estaba sumido en espantosa desolacion, sin tropas y sin rey; se veian despobladas las ciudades, las dos Órdenes militares habian quedado casi sin caballeros, el Gran Maestre del Hospital acababa de morir de sus heridas, y el de los Templarios estaba en cautiverio.

Saladino, aprovechándose de la consternacion general de los cristianos, siguió rápidamente su avance; la mayor parte de las ciudades le habrian las puertas; Tolemaida, destituida de los caballeros de las Órdenes, resistió dos dias; y de tantas conquistas no quedaban á los cristianos sino Jerusalem, Tiro, Ascalon, Trípoli y Antioquia; y aun de éstas dos últimas plazas la una dependia de la corona de Jerusalem, y la otra era feudataria.

Después de algunos dias de cautividad, Balizan señor de Iblin, al saber que Saladino queria sitiar á Jerusalem, le pidió y obtuvo el permiso de pasar á dicha ciudad para hacer salir á su familia; y por este medio Fr. Terric, testigo ocular de la espantosa situacion á que estaban reducidos los cristianos, después de tanta sangre derramada y de tantas ciudades tomadas, dirigió una carta circular á los Templarios, para recomendarles acudir prontamente al socorro de la Palestina. El texto de este documento se halla en Baronio, y empieza así:

«Fr. Terric, Gran Maestre de la pobre casa del Temple, casi aniquilada, á todos los Preceptores, y á todos nuestros hermanos y súbditos, salud en Aquél que merece nuestros suspiros, y á quien el sol y la luna obedecen. La mano del Señor ha dejado sentir su pesadez sobre nosotros, queridos hermanos, y los males con los cuales el cielo justamente irritado nos aflige, han llegado á tal punto, que no hallamos términos bastante fuertes para expresarlos, ni lágrimas bastante amargas para deplorarlos. Un cuerpo formidable de turcomanos, acampado frente de Tiberiades, habiase apoderado de la ciudad, y poco faltaba para rendir el castillo, cuando nosotros al ponernos en marcha para detener los progresos de Saladino, éste salió de su campo y nos acosó hácia unos desfiladeros, donde el ejército cristiano ha quedado enteramente destruido. Nosotros hemos perdido en esta desgraciada jornada 230 caballeros, á quienes han cortado la cabeza (2), sin contar 60 que perecieron en la batalla anterior; las tropas han sido destrozadas: 30,000 hombres han perecido. A duras penas el

(1) Chron. Terræ Santæ, col. 574.—Item, Hist. Montisferrati á Benvenuto de S. Georgio, an. 1187.

(2) Saladino, para coronar la victoria, mandó cortar la cabeza á 230 Templarios prisioneros, porque no quisieron abjurar la religion cristiana y hacerse musulmanes.

rey, algunos barones y yo hemos podido escapar al furor del soldado turco; pero lo que es más deplorable, el madero precioso de la verdadera cruz ha caido en poder de los infieles. Estos cada dia más sedientos de sangre cristiana, acaban de rendir Acre, y sitian actualmente á Tiro, de suerte que no nos quedan más que Jerusalem, Beyruth, con dos ó tres plazas sin guarnicion. Ellos son en tan gran número, que desde Tiro hasta Jerusalem y Gaza lo tienen como inundado, y cubierta la superficie del país. De hecho está todo perdido. Si el cielo no nos ayuda, y si vosotros tardais en socorrernos, es imposible sostenernos aquí por algun tiempo (1). »

Desgraciadamente el socorro de la tierra estaba muy lejos, no vislumbrándose siquiera una apariencia á fin de detener el progreso de las armas victoriosas de Saladino, que rindió unas después de otras á Tolemaida, Jafa, Naplusa, Sebaste, Nazareth, Sefhourí, Cesarea, Sidon y Beyruth. La firmeza de los Hospitalarios en Ascalon, y la heroica resistencia de los Templarios en Gaza, mortificaron é irritaron á Saladino, quien no las pudo rendir entonces, y dirigió su marcha á la capital, es decir, á la santa ciudad de Jerusalem.

Muchísimos cristianos, desconsolados de verse sin jefe y sin defensa, se hallaban refugiados en esta populosa ciudad; pero la mayor parte de sus habitantes pertenecia á la comunión griega cismática, y por consiguiente enemiga de los latinos. Además habia poca gente de armas: Saladino no ignoraba estas circunstancias, y considerándose ya señor de dicha ciudad, intimó la rendicion antes de presentarse delante de ella. La reina Sibila, por consejo de Balizan y los caballeros de las dos Órdenes que habian quedado para la guardia de sus casas, rechazó con entereza la intimacion que se le hacia, procurando Balizan y los caballeros animar á los ciudadanos para la defensa, y exhortándoles á ser intrépidos defensores de la santa ciudad.

El sábado 19 setiembre de 1187 se presentó Saladino delante de Jerusalem, y como ésta no contaba sino con pocos militares, los sacerdotes, monjes, canónigos y mujeres tomaron las armas, y se distinguieron de una manera extraordinaria en este famoso sitio. El principio fué bastante ventajoso á los sitiados, por cuanto rechazaron con frecuencia de sus líneas al enemigo, llegando en un solo dia á desalojarle tres veces, de manera que desde la primera semana los sitiadores no habian avanzado nada, ni tampoco podido colocar una sola bateria (2). Esto obligó á Saladino, el 26, á cambiar el punto de ataque, pasando del occidente al norte de la ciudad, en la creencia de que las salidas serian más raras por ser difi-

(1) Baronio, tom. 12, pág. 981.

(2) W. Tyrii, Continuata Hist., col. 613.